

EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Murcia, 6 rs. trimestre; fuera, 8 id. id.
En la Administracion de este periódico.

Año IV. Se publica en Murcia los dias 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes. Num. 347.

EL IDEAL POLITICO.

Murcia 30 de Agosto 1874.

LA MADRE CRISTIANA.

No há muchos dias, á las primeras horas de la mañana, cruzábamos por las calles de Madrid: la estacion convida á los paseos matinales. Por Luena dicha tropezamos con un hombre público, de limpia fama, de profundos sentimientos católicos, cumplido caballero y eminente en letras.

—Adios, marqués.

—Adios, mi amigo.

—¿Ha visto Vd. cuanta gente en los templos esta mañana? (Era el 2 de Agosto, fiesta de la Porciuncula.)

—Lo he visto y con mucha satisfaccion. Es preciso desengañarse: DESCATOLIZAR á España no es fácil empresa.

—Y ha visto Vd. cuántos hombres de todas clases y condiciones, gente prosecta, jóvenes elegantes, menestrales y trabajadores del pueblo?... por supuesto, siempre con gran ventaja por parte de las mujeres. Estas van á salvar la fé, y las costumbres, y la sociedad en España. Se conducen con admirable entereza y constancia, privada y públicamente. Ya recuerda, Vd., lo que hicieron en Cadiz, saliendo en pleno y feroz cantonalismo por calles y plazas todas las señoras de la ciudad en pública manifestacion contra los inicuos atropellos de que eran objeto los claustros silenciosos de las vírgenes de Señor, á cuyo derribo habia dado comienzo el entonces triunfante socialismo demagogico; y sabido es tambien lo que han hecho y hacen sin tregua todas las de España, para socorrer las necesidades religiosas, morales, intelectuales y materiales, de este pueblo, que desfallece agitado por tanta convulsion. Culto, escuelas, hospitales y asilos, nada bueno hay á que no presten su principal y eficaz apoyo, sin vacilar, ni temer ni cansarse. Nos edifican y nos avergüenzan; unidas ellas en un solo espíritu, y divididas nosotros en eternas y miserables discordias.

—¿Dice Vd. que nos van á salvar!... Yo le digo á Vd. que nos han salvado. No en vano la Iglesia, siempre y en todo justa y sapientísima, ruega en especial *pro devoto famineo sexu*. No en balde la omnipotencia de Dios otorgó al mundo aquel dechado soberano de perfeccion en la Virgen santa, origen de

nuestra dicha y auxilio de los cristianos. Pudiera haber sido de otro modo; por algo y para algo hizo Dios que fuera así. ¡Oh! amigo mio; las mujeres españolas están siendo modelo de firmeza, abnegacion y perseverancia en la crisis terrible de su patria; y como á Vd. se lo digo, así lo creo: «nos han salvado;» pues si adelante salimos de esta prueba, de esta crisis moral terrible, como deseo y espero, á ellas se lo deberemos principalmente.

Hé ahí un elogio sencillo, espontáneo hecho al nacer de la ocasion en medio de una calle pública, *ex abundantia cordis*, por dos personas que ciertamente no habian imaginado hablar del asunto en aquel sitio y aquellas horas.

¿Creerá el lector que haya muchos españoles que en ocasion ó coyuntura análoga, no se expliquen de modo semejante? Nosotros juzgamos que no han de ser en crecido número; y afirmamos desde luego que este número, hoy en día será muchísimo menor de lo que hubiera sido tres ó cuatro años hace. El rodar de los tiempos, tan rápido y veloz en los presentes, trae continua mudanza; y cada día roba el desengaño una loca ilusion á los que las abrigaba y mata el peso de la razon fria una vehemencia en los seducidos ó un error en los ofuscados.

Hasta los instigadores de mala fé y los revoltosos de *vicio* ó de *oficio*, ceden al desentanto de su impotencia ante el buen sentido y el instinto de conservacion de los hombres y de las sociedades, ya que no lo hagan ante la grandeza de esa pura y sublime doctrina que el Evangelio y la Iglesia atesoran. Y es á veces, mal dijimos, es con mucha frecuencia, la voz y el corazón de la mujer cristiana lo que despierta en el hombre más aturdido u obcecado ideas y sentimientos que yacian ocultos bajo la balumba abrumadora de las implacables pasiones, que llegan á su límite supremo de ardor y ponzoña, cuando cobran el carácter y categoria de pasiones políticas.

Para la mujer, para la esposa, para madre *cristiana* no hay imposibles. Su amor intenso y puro hace muchas veces milagros, y cuando menos los intenta siempre. Vamos á citar una reciente prueba.

Ha figurado entre tantos otros en los novísimos acontecimientos de nuestras vertiginosas agitaciones políticas un hombre, en quien, obrando con justicia, hemos de reconocer perseverancia de opinion y carácter independiente. Cuando en las Cortes de 1869 la elocuente y evangélica voz de un Prelado ilustre, se levantaba á defender la doctrina y Religion de Jesucristo, quiso tildar ese hombre con palabras de menos

precio, que no debemos repetir, el augusto misterio de la Santísima Trinidad, al cual el sabio y valeroso Obispo levantó allí mismo un pedestal de respecto con arranques poderosos de cristiana inspiracion y sagrado celo. Este hombre, que después procuró atenuar en las discusiones de nuevas Asambleas el sentido exagerado, según adujo, que se habia dado á sus frases, llegó (dejando ya de estar aislado en su significacion política, como antes lo estuvo por la muerte de su compañero, único en ella, el Sr. Sanchez Ruano) á ser mucho en el poder: no solo ya diputado, director y dueño de un diario político republicano, sino ministro muy importante en uno de los últimos Gabinetes, en el que precedió al memorable 3 de Enero. Y este hombre tiene una *madre cristiana*. ¿Creeis que esta mujer desespera de que el hijo oiga su voz piadosa y carinosísima? ¿Creeis que vacila en dirigirla?...

Por el contrario; con acento conmovedor le envia, llena de amor y esperanza, una carta, bellísima expresion del *amor de madre*, y, como hemos dicho, de *madre cristiana*. Hé aquí otra de las matronas españolas nobilísimas, que sin cesar trabajan en favor de su patria y de su fé, de la fé santa en la Religion divina, gloria de nuestro suelo y sosten de nuestra sociedad empobrecida. Y el hijo, dueño de aquel periódico que hemos citado, siente sin duda palpitar su corazón al eco de la voz de la venerable anciana, besa tal vez en secreto, y no sin derramar involuntarias lagrimas, la epistola sentida, y en una arranque de nobleza, digno de aplauso, la da al viento de la publicidad en ese mismo político diario, en donde no todos sus abonados esperarían hallar tal documento, haciendo así que el mundo conozca lo que de lo íntimo del corazón de madre va dirigido al corazón del hijo.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que aquel diario es *El Pueblo*, y aquel hombre público el Sr. Garcia Ruiz.

Nobles deben de ser ambos espíritus, por lo que del mismo tenor de la carta se deduce: piadosas y no desoidas peticiones ha dirigido la madre al hijo; y el hijo envia, como dijimos ya á la luz pública la carta de la madre, en que todo esto se revela, y se revela tambien que otra cosa más alta todavía esa *cristiana madre* pide: «la resurreccion de la fé en el alma del hijo queridísimo.» Será tal publicidad buscada para que pueda campea en ella la impotencia de la súplica materna? Ofensa impía fuera el suponerlo; y por el contrario, culto de amor y respecto debemos buscar en los actos del hi-

jo que tal madre tiene, y con tal reverencia honra sus canas.

Ignoramos lo que pueda resultar de tal carta y del acto de quien la ha recibido; pero, entregada á la publicidad, no ignoramos el deber que nos alcanza de señalar su importante contexto y transcribir todas sus palabras, que no de otro modo se cumple hoy la necesidad y obligacion, que con todos hablan; de presentar donde quiera y difundir incessantemente la salvadora doctrina que sustentamos.

El Pueblo, en su núm. 3.475 de la segunda época, correspondiente al miércoles 24 de Junio último, al insertar dicha carta, escribe, entre otras, las siguientes notables frases.

«Su contenido (estamos seguros de ello) lo verán con placer y ternura nuestros lectores, porque las oraciones de una madre en pró de su hijo, y más si aquella es anciana y virtuosa, llenan de consuelo y satisfaccion á todos los corazones nacidos para amar y hacer el bien.»

Las palabras de la carta dicen así:

«Mi querido hijo Eugenio: Tu madre, tu anciana madre, encanecido su cabello, arrugada su frente y encorvado su cuerpo, te quiere hacer hoy participante de la alegría santa que inunda su alma. Hijo mio, mi querido hijo, hoy 21 de Junio ha sentido mi alma una de las emociones más grandes de mi vida. Con mi pié puesto en los umbrales de la religion de la verdad, y llena de santa esperanza, próxima á dar cuenta á Aquel que pone inmortal corona en la frente de los buenos y castiga á los que obraron la iniquidad, me siento impelida por una fuerza secreta, misteriosa y divina á despedirme de tí, á darte un cariñoso adiós... Soy anciana: mi cuerpo se enfra; mis piés no pueden sostener ya mi cuerpo, lo visible de este mundo; se me desvaneca y pasa. Hijo mio, mi querido hijo, yo te llevé en mi seno, yo te alimenté á mis pechos, y te mecí en la cuna; de niño te ofrecí al Señor; he crado; he llorado por tí muchas veces durante tu vida; te he consolado en las desgracias; te he visto en elevado puesto; cuando siento que de tí me voy á separar para irme á mejor vida, dije: llamaré á mi amado y bondadoso confesor, á nuestro buen Cura párroco, y le diré:

«Quiero despedirme de mi hijo á los piés de la inmaculada Reina de los Cielos, y quiero que sea en el día en que el Papa, de mente angélica y de corazón de mártir, celebra el vigésimo octavo año de su Pontificado.» Con este objeto te pedí recursos para reparar el santuario de la Virgen; con este objeto te pedí una corona y un manto para la Madre de Dios, y me lo mandaste, y lo recibí alegre, y lo besé mil veces derramando lagrimas, y hoy se lo he ofrecido á la que mi corazón ama.

Decirte lo que hoy he sentido me es imposible: con los ojos del cuerpo vemos poco, con los ojos de la sola razon vemos algo más; pero con los ojos de la santa revelacion, con el antiejo divino